

LOS LIBROS

POLITICA

RECTIFICACIÓN DE LA REPÚBLICA,
por José Ortega y Gasset.

A pesar de que Ortega y Gasset estima que los intelectuales no deben actuar en política, él lo hace ahora decididamente, pero sin abdicar de su calidad de dómine y de fraseador inimitable. Su actuación política es de crítica y orientación colocado en un plano inaccesible a la comprensión plebeya. Acaso por ello sus palabras no hayan tenido más éxito que el que despertó la admiración de su elocuencia.

Republicano de última hora, Ortega y Gasset reafirma su fe en el porvenir de la República española siempre que ella rectifique sus perfiles ideológicos dentro de una amplitud donde no tengan cabida el sectarismo menguado ni la pasión agresiva, en una concesión unánime de afectos doctrinarios. Acaso sea este el pensamiento directriz que informa su actuación política y que hemos podido desentrañar de la lectura de sus discursos y artículos políticos recogidos en un volumen con el título de *Rectificación de la República* (1).

(1) Revista de Occidente, Madrid.

«La República,—afirma Ortega en uno de sus discursos más sonados—durante su primera etapa debía ser sólo República, radical cambio en la forma del Estado, una liberación del Poder público detentado por unos grupos, en suma, que el triunfo de la República no podía ser el triunfo de ningún determinado partido o combinación de ellos, sino la entrega del Poder público a la totalidad cordial de los españoles».

Por eso pide Ortega la formación de un partido de amplitud nacional «que acepte ese movimiento ascendente de la humanidad jornalera y que cuide de que sus promesas tengan la seriedad que garantiza el cumplimiento, llevará en su programa el máximo aventajamiento del obrero, pero sólo el compatible con la integridad de la economía nacional.

Como espíritu inquieto, abierto a todos los horizontes ideológicos, Ortega y Gasset no podía quedar atascado en medio de su aristocratismos intelectual sin hacer siquiera una leve y elegante concesión a la marea proletaria que asciende incontenible en sus conquistas, y que en España será motivo de permanente intranquilidad para la actual

República burguesa ribeteada de socialismo.

Bien comprendemos cuán utópico es este generoso anhelo de Ortega de que España tenga un gobierno que represente la unanimidad sin diferencias de intereses, religiones, doctrinas sociales, etc., etc., católicos y radicales, catalanes y vascos, capitalistas y obreros, (¿también monárquicos y republicanos?) unidos todos en una cordial aspiración de engrandecimiento nacional. Sería, sin duda, un gobierno ideal, pero de equilibrio en que todos los intereses y doctrinas encontrarían acogida, lo cual lo haría tan inestable que al menor choque de los intereses antagónicos que en él se encontrarían representados, el equilibrio se rompería, y necesariamente tendría que venir un gobierno de principios y actitudes definidos. Así, por ejemplo, creemos que si cayera el actual gobierno cuya cabeza doctrinaria es Azaña, vendría uno desteñido y moderado encabezado por Lerroux o uno conservador dirigido por Maura, representando cualquiera de ellos a sus respectivos partidos o grupos, los cuales a su vez representan los diversos sectores en que se divide la opinión política de la Península. Estimamos más perjudiciales esos gobiernos anodinos que pretenden obrar inspirados por «el sentir general», que los que se han generado en luchas electorales (el actual gobierno de España) en las que los partidos no han llevado más señuelo que el de sus principios. Por experiencia sabemos que esos gobiernos que alardean de ser el re-

flejo nacional, son, a la postre, gobiernos personalistas o de caudillos sustentados por la fuerza bruta, y cuyos únicos beneficiados son los que usufructúan sin control del poder público, porque ellos, según su lenguaje, representan «el sentir unánime sin partidismos de ninguna especie...»

Por eso estimamos que por muy elocuentes y patrióticas que sean las palabras de Ortega y Gasset, sus sugerencias sólo encontraron acogida en un grupo reducido y selecto,— y así sucede— cuyos adherentes tengan al menos afinidad de principios que anude las aspiraciones; pero sin llegar a constituir un gran partido político que determine a la masa electoral a inclinarse en su favor, y sólo mediante el consenso de las mayorías se genera un gobierno republicano en su sentido burgués y democrático. Es decir lo que el propio Ortega constata en la Rebelión de las Masas.—*Milton Rossel.*

HISTORIA DEL I AÑO DE LA REVOLUCIÓN RUSA, por *Víctor Serge.*

Los años empiezan a dar a ese fenómeno social extraordinario que se llama la revolución rusa, los relieves que permiten mirarla con detenimiento, en detalle. Los acontecimientos se separan, los sucesos se hacen nítidos, se ven los enlaces de un hecho con otro, y sus ocultos y oscuros orígenes salen a luz desde el fondo de los años terribles. Los hombres que la dirigieron, que la atacaron, cobran perfiles definidos;